



TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes

CUBIERTAS DE
Políticos del Carlismo

y 16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

**Victorias carlistas
Florangel (2.ª parte)**

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista

Aragón, 252

BARCELONA

Touillot

Barcelona 10 Julio 1913

Cuaderno 20.—20 Cts.

PASATIEMPOS

La ostra

Dos peregrinos un día una gran ostra encontraron, y a disputar comenzaron sobre a quién pertenecía.

— «Antes que tú yo la ví y me la debo comer »

— «No; cuando vino a caer a mis pies yo la sentí.»

— «Es mía » — «No, señor, mía » — «Yo no la cedo.» — «Ni yo »

En esto un sabio llegó curioso a ver qué ocurría.

La ocasión de aquel disgusto minuciosos le contaron, y su árbitro le nombraron, creyéndole recto y justo.

Cogió el marisco en sus manos, lo abrió con mucha limpieza, y dijo con entereza:

— «Esta es mi opinión, hermanos.»

Y dándole a cada cual una concha, él, que en el centro estaba, lo que halló dentro se lo comió muy formal.

Y uno y otro peregrino por su soberbia maldita, se quedaron sin la ostrita, que un extraño a comer vino.

*No disputes con tu hermano
y cede siempre que puedas,
que tú serás, como cedas
más humilde y menos vano.*

C. FRONTAURA.

Pensamientos

La ambición es como un caballo rebelde que no cesa de dar vueltas y saltos hasta que echa por tierra al jinete, por muy hábil y experimentado que sea éste.

Un alma hermosa reflejándose en un rostro hermoso también, ¡qué gran armonía! Un alma hermosa bajo un rostro feo y antipático, ¡qué gran compensación! Un alma fea bajo un rostro hermoso, ¡qué cosa tan horrible!

Misceláneas

Un sastre de Madrid convidó a cenar a un forastero, y le sirvió rábanos al principio.

El convidado exclamó:

— En mi tierra, los rábanos se ponen al fin.

— Y aquí también, respondió el sastre.

Lección de guitarra:

— ¡Fíjate, hombre, fíjate!.. Ese dedo en el cuarto traste .. ¡No, hombre, no!.. La prima al aire y el índice pisando la segunda ..

— Chiquito, ¿sabes lo que te digo? Que soy el amo de la vigiela y pongo los dedos donde me da la gana.

Un pintor conocido por sus mamarrachos decía a uno de sus amigos:

— Voy a hacer blanquear todas las paredes de mi casa y después las pintaré de mi mano, ¿Qué te parece?

— Muy bien, le respondió el amigo, pero con una leve alteración, y es que pintes primero las paredes y después las hagas blanquear.

Una señora dice a su criada, que acaba de llegar del campo.

— Vé a ver si el carnicero tiene pies de cerdo.

Al poco tiempo vuelve la doméstica y dice:

— No lo he podido ver, señora. El carnicero llevaba los zapatos puestos.

En un teatro se estrena una zarzuela, y a la salida pregunta un amigo a otro que había asistido:

— ¿Qué tal la obra?

— Muy mal.

— ¿Han llamado al autor?

— Sí...; le han llamado... imbécil.

Entre amigas:

— Luisa, me han dicho que has hecho las paces con Juana.

— Sí... La he encontrado tan fea que no he tenido más remedio.

Repetido Año 1957

otro lado del Ebro después de renunciar a la toma de Estella. Esto hizo ya indispensable enviar refuerzos al Norte, confiando a Narváez, sin duda para hacer menos dura la disposición que le ponía bajo las órdenes inmediatas de Espartero, la Capitanía General de Castilla la Vieja.»

El académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en su *Historia de la guerra civil* (páginas 579 y 580 del tomo cuarto, edición de 1869), cuenta lo que sigue: «Condujo Alaix sus tropas a la falda del Perdón. Valeroso fué el ataque, y a él correspondió la resistencia, que aumentó los peligros. El regimiento de Zaragoza, guiado por el Brigadier Bayona, peleaba valiente, sin hacerle volver la espalda el mortífero fuego que diezmaba sus filas, y que no le permitía llegar al punto que se propuso Alaix. Corre éste a ponerse a su cabeza, avanza temerario y una descarga a quemarropa deja tendidos a multitud de soldados y jefes, incluso el Brigadier Bayona, que salió herido de gravedad, y el mismo General Alaix recibió tres balazos que le arrojaron del caballo.

»La pérdida del jefe desalienta siempre al soldado: se le cree muerto, y el asombro y la confusión se introducen en las filas; corre Zaragoza a guarecerse en la reserva; aquí se debió haber rehecho, pero estaba inutilizado el regimiento de Almansa, amedrentado el de Soria que mandaba Ezpeleta, y se declaran vencidos. La dispersión fué completa, y completo también el triunfo de los carlistas; y a no haberse desplegado en batalla el regimiento de San Fernando, guiado por su valiente coronel Casero, que contuvo algún tanto al enemigo sosteniendo la retirada, toda la división de Alaix es perdida, porque era grande el desorden que en ella reinaba. No contribuyó menos la caballería, que apoyada por el anterior regimiento, cargó algunas veces al victorioso contrario, y consiguió salvar al ya perdido Ezpeleta.

»Los carlistas se hicieron dignos de este triunfo por la bizarría con que se batieron.

»Pero aun no estaba concluída la acción: el regimiento de San Fernando, que sostenía la retirada, se aventuró demasiado, y el mortífero fuego de sus enemigos apenas dejó soldados

1010

R. 1830



Excmo. Sr. D. Juan M. de Sarasa
General Carlista

que mandar a sus jefes Casero y el Comandante Quesada, quienes formaron con los jinetes y cargaron repetidas veces, batiéndose como soldados los que habían cumplido como jefes. Proponíanse salvar los restos de la infantería y estimulaban con su ejemplo a soldados de otra arma. De algunos jefes y oficiales no quedó muy satisfecha la tropa.

»Los liberales tuvieron unos doscientos muertos, quinientos prisioneros, cuya relación publicó el periódico carlista, y considerable número de heridos, perdiendo tres arzones,

gran número de caballos y unos ochocientos fusiles. . . .

»La pérdida de los carlistas no excedió de doscientas bajas; ganaron toda la fuerza moral que perdieron sus enemigos.

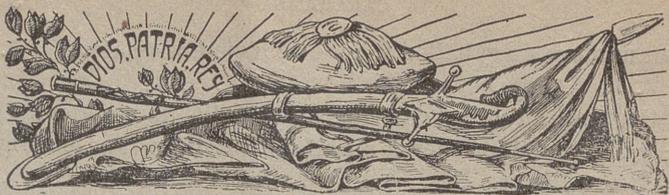
»La situación del General Ezpeleta se hizo crítica en extremo.»

El diputado a Cortes demócrata D. Eduardo Chao, en la página 295 de su *Guerra civil del Norte*, dice textualmente: «El general en jefe carlista, García, puesto a la cabeza de sus tropas, dió pruebas de su bizarría, y las fuerzas con que operaba en Navarra en este día, particularmente los infantes, alcanzaron una reputación envidiable, aumentada con el descrédito de algunos cuerpos constitucionales.»

En fin, de la biografía del General D. Isidro Alaix (a la cual hemos hecho referencia anteriormente) copiamos lo que sigue:

«Esperando los carlistas a que se acercase *Alaix*, en quien estaba fija la vista y la atención de los dos ejércitos, hiciéronle una descarga a quemarropa, de la que le acertaron tres balazos, y cuatro a su caballo.—Dice el Coronel D. Domingo Dulce, que lo vió, que ninguna otra señal dió el Virrey del profundo dolor que recibiría, más que la de llevarse a la boca la mano derecha y morderse con rabia el dedo índice.

»Continuó, a pesar de esto, avanzando hacia el enemigo, sin hacer caso de las repetidas instancias del Jefe de Estado Mayor, Martínez, para que se retirase, hasta que perdidas totalmente las fuerzas, a causa de la muchísima sangre que vertía, cayó moribundo del caballo. Fué de tal magnitud una de las heridas, la que recibió *Alaix* en el hombro izquierdo, que arrojaba un caño de sangre del diámetro de media pulgada sobre el oficial que iba a su lado. Y también es admirable, aunque heroica y militar, la contestación que dió *Alaix* a Martínez, cuando por tercera vez éste le gritó: ¡*Mi General, está V. herido!* cuya contestación fué: ¡*Cállese V., que el General nunca puede estar herido!* con lo que pareció querer demostrar el Virrey cuánto influye en los ejércitos la desgracia de los caudillos.»



XXIX

Maella

(1.º de Octubre de 1838)

*Victoria obtenida por el General Conde de Morella sobre el
General isabelino D. Ramón Pardiñas*

Por repetidos avisos de sus confidentes enteróse el General carlista Conde de Morella de que el General isabelino Pardiñas desde Alcañiz había iniciado un movimiento hacia el corregimiento de Tortosa, y temiendo que cayese sobre las fuerzas del Brigadier carlista Llangostera al repasar el Ebro, salió el Conde de Morella de la ciudad de este nombre en la madrugada del 27 de Septiembre y sin detenerse llegó a Mora de Ebro, donde se reunió con el ya citado Brigadier.

La división del General Pardiñas estaba en Calaceite, y el Conde de Morella pasó a Gandesa y Cretas el 29, buscando así a los liberales; retiráronse éstos hacia Maella, y entonces los carlistas realizaron a su vez una marcha de aparente retirada, llegando el 30 a Valdealgorfa, donde el General Conde de Morella reunió tres mil hombres y quinientos caballos entre los batallones de Guías de Aragón, el 1.º y el 2.º de Tor-



Excmo. Sr. D. Ramón Pardiñas
General isabelino

tosa, el 1.º y el 2.º de Mora, la partida de D. Joaquín Bosque y la caballería de Aragón, de Tortosa y sus ordenanzas.

A las once de la noche salieron de allí los carlistas, a las cuatro de la madrugada del día 1.º de Octubre acamparon en la Vall de Gil, a media hora de Maella, donde a la sazón se encontraban las tropas liberales, compuestas de cinco batallones escogidos y bien completos, y tres escuadrones, sumando un total de más de cinco mil infantes y trescientos caballos; a las órdenes del General Pardiñas figuraban en su división los brigadieres D. Cayetano de Urbina y D. Pascual Alvarez.

A las siete de la mañana se dirigió hacia donde estaban los carlistas el General Pardiñas; formó sus fuerzas en masas, arengó a la tropa, diciéndola que Cabrera y sus secuaces, que se hallaban a la vista, *habían de dejar de existir aquel día, y que no se diese cuartel a nadie.*

El General Conde de Morella ordenó sus fuerzas, dejando los dos batallones de Mora a su izquierda protegidos por la

caballería, y él se fué a la derecha con los dos batallones de Tortosa y el de Guías de Aragón, haciendo adelantar en guerrilla la partida de Bosque, que rompió en seguida el fuego sobre las guerrillas isabelinas, que también avanzaban por aquel punto. Cargó al poco tiempo con sus masas el General Pardiñas por centro y flancos, y no obstante la superioridad numérica de sus fuerzas (que extendió en una dilatada línea) y la decisión con que a gritos de triunfo avanzaban, se les opuso una vigorosa resistencia por parte de los carlistas; pero éstos hubieron, al fin, de ceder algún terreno (tal fué el ímpetu con que se vieron acometidos), recibiendo entonces una herida de bala de fusil en el brazo izquierdo el General carlista, quien lejos de desanimarse por ello se arrojó con sus ayudantes y unos quince caballos sobre los contrarios, que avanzaban aceleradamente por su costado derecho; llenáronse entonces de entusiasmo los voluntarios de Carlos V y cargaron también con tal denuedo que los isabelinos se desordenaron en breve y emprendieron la fuga, en la cual se vieron cortados unos cuatrocientos de ellos, que no tuvieron más remedio que entregarse prisioneros. Mientras tanto, atacaban otras tropas isabelinas por el flanco izquierdo, que ya estaba a punto de ser envuelto cuando llegó allí el General Conde de Morella con cuatro compañías del 2.º Batallón de Tortosa, con las cuales se opuso al avance del General Pardiñas, logrando contenerle. Desde entonces, rehechos ya los batallones carlistas de Mora, se hizo más encarnizado y sangriento el combate, alternando los esfuerzos de una y otra parte para desalojar y volver a ocupar las posiciones, de modo que la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo. Los vivas y regocijos se sucedían con variedad, y era crítica la posición de unos y otros en tan terrible lucha, durante la cual se fueron replegando los liberales sobre su derecha, en donde se concentró lo más empeñado del combate; pero al impulso de un estentóreo grito de *¡A la bayoneta y viva el Rey!* que lanzó el caudillo tortosino, lanzáronse a la carga los carlistas, y se desalentaron ya por completo los isabelinos, retirándose por el valle de las Eras. Entonces los ordenanzas del General Conde de Morella dieron alcance al General Pardiñas a la



Excmo. Sr. D. José M. de Arévalo
General Carlista

bajada del último cerro, y al tiempo de ir a apoderarse de él D. Joaquín Andreu, Ayudante de Campo del General Conde de Morella, fué herido de un balazo que le rompió el brazo izquierdo; al ver aquello, retrocedió un escuadrón liberal para salvar a su caudillo; pero salióle al encuentro un escuadrón de carlistas aragoneses que le hizo retroceder, y entre

tanto quedó muerto en la refriega el caudillo liberal, y los suyos continuaron su retirada por la hoya de las Sardas (en dirección de Caspe), donde trataron de hacer un último esfuerzo creyendo poder salvar a su General y restablecer la acción; pero los carlistas dieron, a su vez, una nueva carga, en la cual se distinguieron notablemente sus escuadrones de Aragón y de Tortosa, cuyos bizarros cuerpos, despreciando el horroroso fuego con que les recibieron las tropas isabelinas, atacaron con tanto arrojo que tras breve pelea las pusieron en completa dispersión. Una vez pronunciada la huida de los liberales en todas direcciones, sin darles tiempo de volver a reunirse fuéronles rindiendo los carlistas, acuchillando a los que se resistían, de modo que la célebre división isabelina del general Pardiñas, llamada del *Ramillete*, por ser considerada como la más fuerte y brillante del ejército de Isabel II, desapareció totalmente, fué destruída por completo después de seis horas de porfiado batallar, pues a excepción de los asistentes, algunos heridos y la escolta de brigada que habían marchado anticipadamente con unos sesenta o setenta caballos, que pudieron escapar, los demás se rindieron a los carlistas, quedando en poder de éstos tres mil ciento quince prisioneros de la clase de tropa, ciento veinte oficiales de todas graduaciones, más de mil cadáveres y cuatro mil fusiles, habiendo muerto todos los soldados de caballería isabelina en represalias de no haber dado los liberales cuartel a unas cuantos voluntarios carlistas que cayeron en su poder al principio de la acción.

En aquella memorable jornada, tan gloriosa para las armas carlistas, las pérdidas de estos fueron cincuenta y dos muertos (entre ellos el bravo coronel D. Antonio Arias y cinco oficiales) ciento noventa y dos heridos y quince contusos; también perdieron veinticuatro caballos y el número de estos que resultaron heridos ascendió a setenta y uno.

Considerando Carlos V digna de perpetuarse la memoria de aquella victoria de sus tropas, concedió una Medalla de distinción para todos cuantos partidarios suyos en ella tuvieron ocasión de batirse por sus ideales católico-monárquicos.

En el parte oficial de la victoria carlista de Maella, publi-



Muerte del General Pardinas

cado por la *Gaceta* de Madrid, firmado por el Brigadier don Cayetano de Urbina (herido en aquella jornada), leemos lo siguiente: «Los contrarios cargaron atrevidamente y se mezclaron con nuestros escuadrones, cortando y rompiendo al mismo tiempo la infantería. La noticia que algunos sabían ya de que el valiente General Pardiñas era prisionero o muerto, acabó de poner en una completa dispersión al soldado, y ni la serenidad del brigadier D. Pascual Alvarez, y la de algunos jefes y oficiales de infantería y caballería, ni los esfuerzos del jefe de Estado Mayor D. Anselmo Blaser, que se halló siempre a retaguardia conteniendo la infantería y caballería en medio del fuego enemigo, con otros oficiales de Estado Mayor, fueron suficientes para contener la indicada dispersión, pues poseído el soldado de un terror pánico, sólo trataba de ponerse en salvo de las lanzas enemigas. . . .

»Son las cuatro de la tarde, y acaban de llegar (a Caspe) los restos de la División, en número de mil trescientos a mil cuatrocientos hombres y ciento cincuenta y siete caballos, pero presumo que algunos se han dirigido a Alcañiz, y otros a pasar el Ebro. . . .

»Aunque mi herida (la del Brigadier Urbina, firmante de este parte oficial) no es de gravedad, me veo en la imposibilidad de continuar en el mando y hago entrega de él al Brigadier D. Pascual Alvarez.» . . .

El cadáver del General Pardiñas fué recogido al siguiente día por los milicianos de Caspe, y enterrado en el cementerio de dicha ciudad con los honores de ordenanza.

El desaliento que produjo en las filas liberales la victoria carlista de Maella fué tan grande que todos los generales isabelinos pensaron en la posibilidad de que el vencedor intentara posesionarse de Zaragoza, y en la capital de Aragón concentraron numerosas tropas de todas armas.

Examinadas las principales obras que se han escrito sobre la primera guerra carlista, consideramos oportuno recordar cuanto a continuación se expresa.

Don Ildefonso Antonio Bermejo, Gentil-hombre de Alfon-



Excmo. Sr. D. Ramón O'callaghán
Brigadier Carlista

so XII, describe muy a la ligera la victoria carlista y al final de ello dice en la página 476 del tomo primero de *La Estafeta de Palacio* lo siguiente: «Esta victoria puso a Cabrera en puesto más subido que el ya muy alto a que acababa de remontarse, por haberle antes galardoneado su Rey con el título de Conde de Morella (que le fué más tarde reconocido por el Gobierno liberal). Andaba ya por este tiempo el nombre de Cabrera rodeado de gloria en tierras extrañas, al cual

querían hacer superior a Zumalacárregui, a cuyo renombre le asistían por las ponderaciones los mismos enemigos del estudiantado de Tortosa, especialmente los jefes militares, que eran los que más le ensalzaban.»

El académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en las páginas 94 a 100 del tomo quinto (edición de 1869) de su *Historia de la guerra civil*, se expresa así:

«Cenaba aquella noche (la del 30 de Septiembre) Cabrera en Valdealgorfa, cuatro leguas de Maella, y un espía le confirmó que Pardiñas permanecía en esta última población con cinco batallones y tres escuadrones. Levántase de repente, da un golpe sobre la mesa, pasea con rapidez, y después de dos minutos de silencio, dice:

»—Señores: mis deseos se han cumplido; mañana vamos al encuentro de Pardiñas, y mañana le venceremos, aunque se jacte de que nos derrotará donde quiera que nos halle y que no habrá cuartel. Mañana muere Pardiñas, pero morirá también uno de los circunstantes.

»—¿Soy yo, mi general,—preguntaron instintivamente a la vez todos,—o será acaso vucencia?

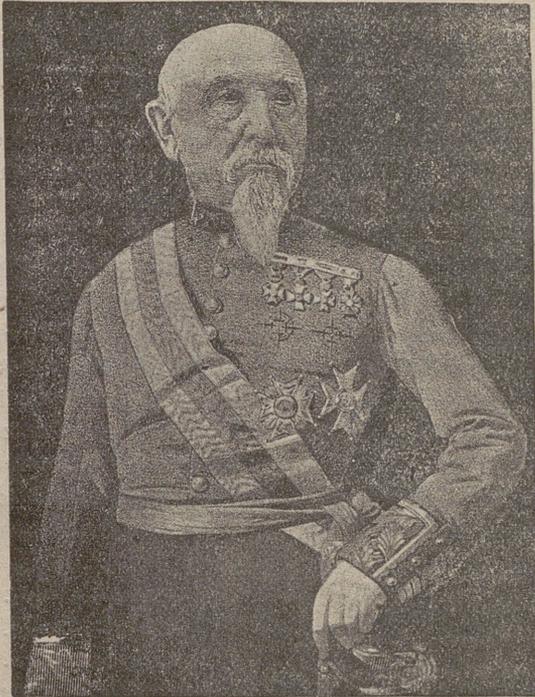
»—No digo más. Saben ustedes que mi corazón no me engaña y que mis presentimientos son fieles. ¿No están ustedes todavía satisfechos con saber que venceremos? ¿Y es poco vencer la división que los enemigos llaman del *Ramillete*, porque es, según dicen, la mejor de su ejército? Váyanse ustedes a descansar, y al oír el redoble, que formen las tropas; yo iré a revistarlas.

»Aquellas proféticas palabras del Caudillo tortosino se cumplieron, pues murieron Pardiñas y el Coronel carlista de la plana mayor D. Antonio Arias, que estaba aquella noche en el alojamiento de Cabrera.

»Este se encerró en su cuarto, hizo algunos apuntes en su diario, y dos horas después resonaba en las calles de Valdealgorfa el redoble anunciado.

»Al revistar sus tropas, dijo a los aragoneses:

»—Muchachos, en vuestra tierra estamos, y dentro de pocas horas peharemos con Pardiñas. Os portaréis como siempre, ¿no es verdad?



Excmo. Sr. D. Manuel Salvador Palacios
General Carlista

- »—Sí, mi general.
- »—¡Viva el Rey!
- » A los de Tortosa y Mora les hablo así:
- »—Muchachos, ya sabéis que nunca os engaño; ahora va a dejar de existir la división del *Ramillete*; ánimo, pues, y confío en que me ayudaréis.
- »—Sí, mi general, hasta morir.
- »—¡Viva el Rey!

»Acto continuo, aun de noche, comenzaron a desfilar silenciosos camino de Maella. A las cuatro de la mañana entraban en el valle de Gil, cercano a Maella, donde acamparon. Cabrera, envuelto en su capa blanca, durmió junto a una peña, guardándole el sueño los ayudantes de campo.

»Si tranquilo y sereno estaba el caudillo carlista, no carecía de iguales dotes el liberal. Sabe la posición de los contrarios, manda formar sus tropas, se desayuna y exclama:

»—Hoy será mío Cabrera.

»Al amanecer del día primero de Octubre levantóse éste a la voz de sus ayudantes, pide su caballo y dice sonriendo:

»—Hoy es preciso que saque mi sable, no es cosa de pelear con palo, pues he de habérmelas con un enemigo de pró. Es torito claro, como a mí me gustan; tomará bien la pica.

»Reconoció el campo Cabrera, observó los movimientos de Pardiñas, distribuyó las guerrillas y colocó sus fuerzas.

»El liberal hizo otro tanto, y escogióse por campo de pelea un espacioso terreno plantado de olivos, teniendo el río Matarrraña o Fabara por un lado y varias eminencias por el otro.

»Se pronuncia algún desorden en la izquierda carlista, la socorre Palacios, llega Cabrera:—*¡Qué es esto, cobardes!*—dice a los suyos.—*¿Me abandonaréis ahora que es nuestra la victoria, y me véis pelear con este brazo ensangrentado?*—Reanimanse con estas palabras, se rehacen, pelean con entusiasmo, el entusiasmo aumenta su valor y su valor les da el triunfo.

»Sorprendido Pardiñas con lo que pasaba, creyendo apenas el comportamiento de su gente, y pareciéndole imposible la derrota, vuela a donde mayor es el peligro, y encendidos sus ojos por la ira, sonrosado el rostro por la vergüenza y embargada su voz por la desesperación, corre de una a otra parte, procura reunir sus desbandadas huestes, y al ver lo infructuoso de sus esfuerzos, busca por doquiera una bala o una lanza que le dé una muerte que pueda llamarse gloriosa en el campo de batalla. Pero hasta el enemigo se complace en au-



Muy Iltre. Sr. Conde de Sechi

Vice-Presidente de la Junta Carlista del Maestrazgo

mentar la amargura de su situación, y no le envía el plomo o la lanzada que tanto anhela: sólo murió su caballo. Mas juró, sin duda, ser *capitán de los muertos*, y no juró Pardiñas en vano. Coge el fusil de un granadero, y al pie de un árbol provoca a sus enemigos, y quiere morir matando. Acuden algunos jinetes al reto, dispara su arma, le hieren mortalmente; pero puede manejar todavía su espada, y pelea hasta que sucumbe atravesado de una lanzada.

»Allí murió segada en flor una de las más brillantes esperanzas del ejército español, que ascendió a general por una serie no interrumpida de actos de heroísmo y de triunfos.

»El resultado de seis horas de tan obstinado combate fué quedar destruida la división, prisionera la mayor parte, tendidos en el campo los más brillantes jefes y oficiales, muchos heridos, y apenas se salvaron dos de los cinco batallones que la componían.

»Los fugitivos liberales se encerraron en Caspe; Cabrera regresó a Valdealgorfa, desde donde marchó a Castellserás, Azuara e Híjar. Tres mil bajas tuvieron los liberales.

»Grandes, como era justo, fueron los ayes de dolor que exhaló el partido liberal al saber la derrota de Maella.

»Además de la consternación que causó la derrota de Pardeñas, temieron todos los pueblos de Aragón verse invadidos por los altivos vencedores, y hasta en la misma Zaragoza cundió el pavor. No eran de extrañar las sentidas exposiciones que hacían al general en Jefe del Centro, al Gobierno, a la Reina y a las Cortes las poblaciones de Aragón, que no contaban con los elementos necesarios para resistir a los carlistas».

El diputado a Cortes por Tortosa, D. Buenaventura de Córdoba, ilustre personalidad adicta a Isabel II, después de escribir la victoria carlista de Maella en su excelente obra titulada *Vida militar y política de Cabrera*, en las páginas 392 393 y 394 del tomo tercero de la misma dice así: «Los prisioneros fueron conducidos a Horcajo por el Coronel Solanich. Todas las biografías de Cabrera, e igualmente los periódicos y diarios militares del ejército constitucional, terminan la narración del desastre de Maella mencionando dos escenas sangrientas ocurridas después de la batalla; escenas que la imparcialidad y el deber histórico exigen recordar ahora. Los soldados de caballería (dicen aquellos documentos) que fueron hechos prisioneros en la acción de Maella en número de cincuenta, murieron alanceados con ferocidad por un escuadrón faccioso durante la marcha; cuarenta de nuestros heridos hallados en el convento de Maella perecieron horrorosamente asesinados; y la posteridad si no lo cree hará favor al nombre español.

saludó sin hablar al que acababa de serla presentado, y eludiendo sus miradas continuó la conversación con el otro; mas sólo fué el tiempo preciso para reponerse, al cabo del cual dió fin a aquella conversación insignificante, y volviéndose de pronto a Adelardi, le dijo sin la menor turbación aparente:

—Recuerdo, señor marqués, que estuvisteis aquí hace tres años; pero yo era tan joven entonces, que probablemente me habréis olvidado.

Adelardi respondió, como en cualquiera ocasión lo hubiera hecho, pero ahora, con verdad, que no era posible abrigar semejante recelo, y continuó:

—En cuanto a mí, no habiende tenido jamás el honor de hablar con vos, debía considerarme perfectamente desconocido por vuestra parte.

—Teníais amigos que pronunciaban muy a menudo vuestro nombre; así, llegó a hacérseme familiar: en cuanto a vuestra fisonomía, confieso que la tenía un poco trascordada.

—En cambio yo tenía siempre presente la vuestra, con tanto más motivo cuanto que también oía hablar de vos con frecuencia.

—¿Hace mucho que no habéis visto a la princesa Catalina?
—le preguntó después de una breve pausa.

—Sí: salí de Florencia a principios de Diciembre.

—¿Para venir a Petersburgo?

—Sí.

—¿Y habéis estado aquí desde entonces?

—Sí: cuando yo llegué estábais ausente; a no ser así, no hubiera esperado a hoy para solicitar el favor que ahora acabo de obtener.

Después de otro momento de silencio, la joven miró en torno suyo y preguntó en voz baja:

—¿Estábais aquí el 24 de Diciembre?

—Sí.

—¿Y desde ese día fatal,—añadió vacilando y bajando más la voz,—habéis vuelto a ver a vuestro amigo?

—Sí, y espero verle todavía otra vez... ¡ay! la última.

Vera se mordió los labios que un estremecimiento nervioso

hacia temblar; mas no tardó en recobrar una serenidad que sorprendió y desorientó a su interlocutor, y le dijo:

—Conocí en otro tiempo al conde Jorge de Walden, pero después no le he vuelto a ver. Sin embargo, esa sentencia me horroriza, y haría cuanto pudiera para librarle de ella... a él y a los demás.

—¿A él como a los demás? ¿Ni más ni menos?

—Ni más ni menos; a todos les compadezco, y desearía que el emperador los perdonara a todos.

El sonido de la voz estaba muy lejos de armonizar con la indiferencia de las palabras; pero su interlocutor prosiguió como si no lo hubiera observado:

—¡Perdonar a todos! es una ilusión; pero hay algunos para los cuales quizá se podría implorar su clemencia.

—El emperador es más indulgente para los culpables oscuros, que para los que después de colmarlos de favores, han desconocido sus bondades.

—Y sin embargo,—insistió el marqués,—aun para algunos de estos se podrían hacer valer circunstancias atenuantes.

—¿Conocéis algunas que puedan favorecer al conde Jorge?

—No habléis tan alto; podrían oírnos.

—Tenéis razón, y... vamos a otro sitio; parece que estamos conspirando y llamamos la atención. Pongámonos a ver los álbums que están en aquella mesa, y podremos continuar con más libertad la conversación.

—¿Y bien?—dijo luego que hicieron lo que acababa de aconsejar, y ya colocada junto a un gran álbum que fingía examinar atentamente.

—Y bien,—respondió Adelardi,—lo que quiero decir es que muchas cosas que de nada valdrían ante la ley, podrían no obstante producir algún efecto sobre el que es dueño de la ley.

Mientras que ella escuchaba con un interés que sus ojos animados o enternecidos, sus mejillas ardientes, sus labios entreabiertos manifestaban más de lo que era su intención, Adelardi abogó por su amigo refiriendo todo lo que sabemos sobre su complicidad, más aparente que real, sobre su ignorancia de los verdaderos designios de los conjurados, sobre las

circunstancias que habían motivado su presencia entre los conjurados el 24 de Diciembre. Por fin, la dió todos los detalles que hasta entonces ella había ignorado, pues sólo sabía de oídas el delito de Jorge, y la sentencia que le había seguido.

—¿Y sabe el emperador,—preguntó vivamente,—que fué él quien salvó la vida a su hermano en esa funesta jornada?

—Lo dudo. Sólo dos personas hubieran podido atestiguarlo: una ha tenido miedo de comprometerse, y no ha comparecido: la otra ha sido recusada.

—¿Quién era?

—Un tal Fabián Dini, secretario de Jorge, gran culpable, y que los tribunales han declarado indigno de fe; y sin embargo, decía la verdad, y deseaba ardientemente que su testimonio pudiera salvar a su protector.

—¿Está condenado también?

—Sí, y más severamente que él, porque su pena es perpetua, mientras la de Jorge no es más que por veinticinco años.

—¡Veinticinco años!

—Sí; eso es horrible, más horrible que la misma muerte, y Jorge envidiará al miserable que fué la primera causa de su infortunio, porque ese Dini, gravísimamente herido el 24 de Diciembre, habrá muerto probablemente antes de su lúgubre partida.

En este momento fueron interrumpidos por un incidente que no era extraño al asunto que les ocupaba. Una mujer, modestamente vestida, que hasta entonces había estado retirada, se acercó a la joven preguntándola si habían decretado favorablemente una petición dirigida a S. M. I.

—Sí—respondió al punto Vera.—Está concedido el permiso, y a estas horas estará ya en poder de la princesa G... , pues yo misma la he dejado en la puerta.

Tendió Vera amistosamente la mano a la que acababa de hablarla, y ésta se inclinó como si quisiera besársela; pero Vera se lo impidió abrazándola cordialmente.

—Es una verdadera y fiel amiga en la desgracia,—dijo, cuando la otra se hubo alejado.—Sería capaz de seguir ahora a Siberia a la misma de quien ha sido doncella durante su

prosperidad. La princesa*** tiene en medio de todo la dicha de que todos la amaban y respetaban.

—Seguramente,—repuso Adelardi.—Es una mujer admirable.

—Tan admirable, que yo no la comprendo.

—¡Cómo!

—No: lo que ella y otras quieren hacer, excede a toda comprensión.

—¡Qué!—exclamó Adelardi mirándola sorprendido.—¿No comprendéis que una mujer pueda sacrificarse de esta suerte por un hombre... por su esposo a quien ama?

—No,—replicó Vera, moviendo la cabeza;—no quiero hacerme mejor de lo que soy. Si yo me hallase en esa situación, si tuviera la desgracia de amar a uno de los sentenciados, podría contar conmigo para tratar de obtener su perdón; pero en cuanto a participar de su suerte y seguirlo a Siberia, no, querido marqués, os lo digo francamente: es una prueba de cariño y adhesión, de que no me siento capaz.

En este momento se presentó al pensamiento de Adelardi una visión que hizo desmerecer un poco la belleza que tenía delante, y amenguó algo la admiración demasiado viva con que hasta entonces la había mirado.

—Pues bien,—la dijo después de un instante de reflexión,—yo conozco uno de esos condenados, por el cual una mujer, una joven de vuestra edad próximamente, está dispuesta a llevar a cabo un acto de más abnegación que el de la princesa***, porque no es su mujer, sino su... prometida, y quiere casarse con él expresamente para compartir su suerte.

—Eso sí que es original.

—Para ello tiene un doble favor que obtener, y con ese objeto viene a Petersburgo, donde llegará mañana quizá, o dentro de un par de días, a más tardar. Yo me he encargado de solicitar para ella una audiencia de la emperatriz. ¿Puedo cumplir este encargo por vuestra mediación?

—Sin duda. Todas estas peticiones han pasado por mi mano, y ninguna ha sido rechazada; pero esta es seguramente más exagerada que las otras.—Y sacando un libro de memorias de un bolsillo preguntó:—¿El nombre de vuestra protegida?

Vaciló un momento Adelardi, y luego dijo examinando con cierta inquietud el efecto que producían sus palabras:

—Se llama... Florángel de Ives.

Respiró con libertad cuando vió a Vera escribir tranquilamente aquel nombre diciendo:

—¡Florángel! Es un nombre raro, que no he oído en toda mi vida. Mañana antes del mediodía tendréis la respuesta. Hasta la vista, señor marqués.

Y guardó el librito. En el momento en que daba la mano al marqués, le dijo en voz baja:

—Os doy mil gracias por todo lo que me habéis referido, y trataré de aprovecharlo. Si veis al conde Jorge, decidle... pero no, no le digáis nada. Si por una casualidad lo consiguiera, siempre estaríamos a tiempo de decirle que todo lo debe a mis esfuerzos. Si no, vale más que ignore siempre que yo he naufragado.

Volvió el marqués a su casa preocupado, y tomó al pronto con distracción dos cartas que sobre la mesa le esperaban; mas después de abrirlas, leyólas ambas con igual interés. Miró la firma de la primera y dijo:

—Clemente Dornthal. Es el primo que acompaña a nuestra bella viajera. Ya están aquí. Vamos, se acerca el desenlace del drama; procuremos desempeñar cada uno nuestro papel con prudencia. El mío no es por cierto nada fácil.—Y después de recorrer rápidamente el segundo, exclamó:—¡El jueves! Le veré el jueves a las dos. ¡Pobre Jorge! Triste será nuestra entrevista, a pesar de la excelente nueva de que seré portador, y de la consoladora sorpresa que le aguarda.

Acabó de leer el billete, y observó que gracias a la poderosa intervención de que se había valido, podría acercarse al preso una hora cada día durante la semana que tardaría en marchar a la Siberia la cuerda de los penados.

—¡Pobre Jorge!—repitió.—¿Es posible que?... ¿Quién sabe? Si, como dice el adagio, *lo que quiere la mujer lo quiere Dios*, quizá no deberemos perder la esperanza, porque, si no me equivoco, dos voluntades femeninas se han decidido a servirle, y son bastante enérgicas para vencer en su favor la suerte más contraria. Dos: indudablemente sobra una, y acabo de correr el

riesgo, un poco temerariamente, de una terrible colisión; pero de todas suertes en el punto en que nos hallamos, los asuntos no pueden empeorar. Si la bella Vera lo consigue, Jorge sabrá cómo salir del atolladero en que le coloque el agradecimiento entre la que le ha salvado, y la que estaba dispuesta a seguirle: si definitivamente, al contrario, lo cual es muy probable, fracasa, entonces es más obvio y claro es que nuestra bella heroína no tendrá que temer rival ninguna.

VI

Después de todas las sorpresas desagradables que durante su penoso viaje había sufrido la señorita Josefina, tuvo otra de muy distinta naturaleza pero más grande que las otras, al llegar al término. Sabemos que no atormentaba mucho a su imaginación para alcanzar más de lo estrictamente necesario; así, sólo a fuerza de un gran trabajo había llegado a comprender que su querida Gabriela estaba decidida a casarse con un desconocido que estaba sentenciado a presidio, y esa idea inconcebible parecía haber penetrado en su imaginación con exclusión de todas las demás. Había partido para reunirse a un preso, y desde su salida de Heidelberg se había formado la idea de ir a habitar un calabozo, de suerte que cuando oyó decir: «Ya hemos llegado,» y el trineo pasó bajo la bóveda de una gran puerta cochera, sintió una especie de escalofrío. Júzguese cuál sería su asombro al encontrarse en un vestíbulo brillantemente iluminado, desde el cual subía una ancha escalera a una hermosa galería, y después de recorrer ésta y una larga serie de salones, fueron conducidos los viajeros a un espacioso corredor, donde les esperaba una cena tan exquisita y desconocida para la señorita Josefina como el esplendor que la rodeaba. Miraba a todas partes con muda sorpresa, no se atrevía a tocar los manjares que la presentaban, y preguntaba con los ojos a sus compañeros con una expresión de inusitada perplejidad; pero entrambos parecían demasiado conmovidos y preocupados para reparar en nada de lo que pasaba a su alrededor; así, la buena anciana, fiel a su costumbre, se abstuvo de preguntarles.

La cena acabó en silencio, y en seguida escribió Clemente un billete que encargó a un criado llevase al *señor marqués*, después de lo cual las dos viajeras fueron conducidas a las habitaciones que tenían preparadas. Florángel abrazó a su compañera, la deseó una buena noche, y la señorita Josefina quedó sola en una habitación como no había visto otra, con grandes espejos en que se veía de pies a cabeza, por primera vez en su vida, y una cama con cortinajes que no se atrevía a creer destinada a su modesta persona, y en la cual concluyó por acostarse con un respeto que la impidió largo rato conciliar el sueño, pues nunca se había encontrado tan fuera de su elemento como ahora. Preguntábase con asombro si era ella la que estaba debajo de aquellas cortinas de seda, y cuando al fin se durmió, soñó que Gabriela, espléndidamente vestida, subía a un trono, y que ella la acompañaba. Aquel sueño agitado no fué de larga duración, pues antes de amanecer ya estaba vestida y esperaba con impaciencia que fuera hora de salir de aquella suntuosa estancia, y de recorrer aquella morada desconocida que la noche anterior le había parecido un palacio encantado, impresión que no disminuyó la luz del día.

En realidad era magnífico, amueblado con el gusto que la princesa Catalina hacía reinar en todo, mucho más refinado en este palacio donde no pasaba más que tres meses, que en el de Florencia que habitaba el resto del año. Crecía la admiración de la señorita Josefina a cada nueva estancia que visitaba, y lo que más la excitaba era encontrar en todas la misma temperatura tibia y suave, cuando todas las puertas estaban abiertas, y ni veía fuego en ninguna parte, ni siquiera había en las ventanas cristales ni persianas. Esto era un prodigio, pues nada en apariencia la separaba del aire helado exterior: helado, sí, porque a su llegada encontraron en Petersburgo un frío de 15 a 18 grados. ¿Qué significaba aquella maravilla? No sentía el menor frío, y eso que sólo el aspecto de aquellas ventanas abiertas la hacía estremecer hasta el extremo de no atreverse a mirar sino de lejos la perspectiva que desde allí se descubría.

Era una vasta llanura, cubierta de nieve, surcada de caminos trazados y rodeados de ramas de pino, por los cuales

circulaban vehículos de todas clases, salpicada de grandes edificios, y más allá los sombríos muros de una fortaleza unida a una iglesia cuya dorada veleta brillaba herida por el sol de invierno, brillante y sin calor, que derramaba sobre la nieve un resplandor que deslumbraba, y cuya luz engañadora, lejos de anunciar alguna suavidad del frío de la estación, era por el contrario la más segura señal de su rigor implacable.

Mirando, admirando y asombrándose llegó la señorita Josefina hasta el último salón, donde halló a Florángel en pie, junto a una de aquellas grandes ventanas, inmóvil, y abstraída en tan profunda meditación, que ni siquiera volvió la cabeza a su llegada.

—¡Ah! Gabriela; ¿estáis aquí? ¡Dios sea loado! Andaba perdida, pero ya os encuentro; mas ¿qué hacéis ahí ¡Dios santo! junto a esa ventana abierta de par en par?—exclamó la recién venida.

—¿Abierta?—dijo Florángel, sonriendo.—No estaríamos mucho tiempo vivas con estos trajes, mi buena Josefina.

—En efecto, no puedo comprender cómo no estoy helada ya, y no obstante...

Hízola acercarse Florángel, porque hasta entonces procuraba mantenerse a una distancia respetuosa de aquellas terribles aberturas, y la hizo tocar con su mano el grueso cristal de una sola pieza que cubría toda la ventana, lujo desconocido en esta época fuera de Petersburgo, y que muy a menudo engañaba a ojos más expertos que los de la sencilla Josefina.

Tranquila ya, y cada vez más maravillada, quedóse al lado de Florángel junto a la ventana, y aprovechó aquella ocasión para hacerla todas las preguntas que hasta entonces había reprimido. Poco a poco fué la joven explicándose todo hasta hacerla comprender que aquel magnífico palacio era de la madre del conde Jorge.

—¿Y él?—preguntó la anciana.—¿Dónde está él, Gabriela?

Coloráronse las mejillas de la joven, sus ojos se llenaron de lágrimas, y respondió:

—¿Eh? Está allí, Josefina: dentro de los muros de esta fortaleza que tenemos delante.

—¡Misericordia!—exclamó la señorita Leblanc dando un salto de sorpresa.—Perdonadme, Gabriela; si lo hubiera sabido, no hubiera dicho nada.

—¿Y por qué, Josefina? ¡Oh! La vista de estas murallas no me intimida: al contrario, tengo prisa de penetrar ahí, de dejar todo este esplendor que ahora como antes me separa de él. No, amiga mía, no me compadezcáis el día que estaré reunida con él.

Este lenguaje apasionado hacía siempre un efecto extraño a la señorita Josefina; así es que se contentó con responder dócilmente:

—Está bien, hija mía; no os compadeceremos. De quien será preciso tener lástima ese día será de Clemente y de mí, y no os enfadéis si...

Y a pesar suyo brotaron de sus párpados gruesas lágrimas, que se apresuró a enjugar. Calló breves momentos, y luego se apresuró a mudar de conversación, porque conocía que ésta la obligaría a manifestar un dolor que estaba decidida a reprimir para no afligir a su joven amiga.

—¿Cómo se llama esa gran llanura que se ve entre el muelle y la fortaleza?—preguntó.

—Esa llanura es el Neva,—respondió Florángel sonriendo.

—¿El Neva?

—Sí, el río que atraviesa la ciudad.

—¿El río? Vamos, Gabriela, bien sé que soy una tonta en lo que concierne a países extranjeros, mas no tanto que crea lo que me decís ahora. Un río, por el cual veo caminar más de cien carruajes, trineos, carros y hasta casas, chozas... ¿Y qué son aquellas dos montañas que se ven allá abajo?

—Montañas de hielo, verdaderas montañas rusas, Josefina, que en París han imitado con madera hace tres años, ¿os acordáis? Me han dicho que éstas se han levantado aquí nada más que durante el carnaval.

—Bueno; pues eso prueba que no es el río, y que os equivocáis.

—Parece increíble, en efecto, pero todo lo que estamos viendo desaparecerá en la primavera, y sólo quedará una

hermosa agua azulada, que correrá entre ese muelle de granito y la fortaleza. Convengo en que, no habiéndolo visto nunca, cuesta trabajo creerlo.

En este momento apareció Clemente pálido, silencioso, e indicando todo en él que por razones distintas de las de la señorita Josefina, había también pasado una noche tan agitada como ella. Después de cambiar algunas palabras con sus compañeras, recorrió con la vista el ancho río, y por último se fijó su mirada, como la de Floráγγελ, en la parda fortaleza. Era una singular casualidad estar hospedados en frente de aquel sitio que miraba con desesperación, con celos, con horror, y del cual, no obstante, no podía apartar los ojos.

—Allí,—pensaba,—allí está el término. Para ella el fin deseado, para mí la tumba: sí, porque así que ella haya pasado esas murallas, todo concluirá para mí, y aun cuando viva más de cien años, mi vida habrá acabado a los veinte.

Estas y otras reflexiones del mismo género, no eran a propósito para que Clemente se manifestara amable; así, no sólo estaba serio, lo cual le sucedía con frecuencia, sino también sombrío y taciturno, contra su costumbre. Desayunáronse en silencio, y no sin grandes esfuerzos consiguió recobrar su actitud ordinaria.

—Prima,—dijo,—conozco que os pareceré áspero, y os pido perdón; pero creed que no estoy más que triste al ver acercarse la hora. Yo creo que nos permitiréis esto, y que no exigiréis que nos separemos de vos sin pena.

—Eso es lo que yo la decía hace un momento,—añadió la señorita Josefina enjugándose los ojos.—Ella dice que es feliz, que se la hace tarde estar allí: ciertamente no queremos nosotros otra cosa que su ventura; pero en cuanto a nosotros...

—Sí,—interrumpió Clemente con amarga sonrisa,—en cuanto a nosotros, los días venideros no serán venturosos, y seguramente tenemos el derecho de estar tristes. Yo, por mi parte, lo estoy más, Gabriela, porque en el punto en que nos hallamos, mi papel se ha acabado, y hoy pierdo para siempre el gozo de poder seros útil en algo.

Acababa estas frases cuando anunciaron al marqués Adelardi, y se levantó de prisa.

—Quedaos, Clemente,—dijo Florángel;—quiero que ese excelente amigo os conozca.

—Yo también, mas no en este momento. Decidle que mañana... sí, mañana... o esta noche, si se digna recibirme, me presentaré a él; pero ahora no me detengáis.

Y antes que apareciera el marqués, él se había retirado, comprendiendo que estaba de más en esta entrevista, que para Florángel era de sumo interés. ¡Ver de nuevo al amigo, al confidente de Jorge, al que en este momento solemne iba a ser el intermediario autorizado par su madre! Materia era esta para sentirse conmovida. Además el marqués siempre la había inspirado simpatía y confianza, y en este mundo nuevo en que se encontraba, comprendía cuán útil y provechosa la sería su experiencia, porque Clemente había tenido razón en decir que ahora ya no eran de utilidad sus servicios, pues ignoraba, como ella, los usos y costumbres de la corte, y para obedecer cumplidamente las instrucciones de la princesa Catalina, lo primero que debía hacer era presentarse a la emperatriz: perspectiva formidable, que la espantaba más que todo lo que después la esperaba. Recibió, pues, al marqués con una confianza infantil, y éste sintió redoblar a su vista la simpatía que siempre le había inspirado. Era la misma belleza, la misma sencillez, y sobre todo aquel encanto, único a sus cansados ojos, de no parecerse a otra ninguna. El nuevo género de valor de que la veía armada le hacía también apreciar más el que había manifestado al separarse de Jorge, y le revelaba toda la extensión del sacrificio llevado a cabo en aquella ocasión con tanta firmeza; así; la misión que le habían confiado tomó, en su concepto, un carácter más grave que antes, y hubo un momento en que se reconvino por haber llamado el día anterior en auxilio de Jorge una rival y acaso una enemiga de la hechicera criatura en cuya presencia estaba; pero bien reflexionado, no sintió esta tentativa hecha en favor de su amigo, pues si fracasaba, y si por casualidad Vera veía con disgusto a otra realizar un acto de abnegación de que ella misma se había confesado incapaz, había tomado

varias precauciones para desorientarla, y se lisonjeaba de que obtendría la gracia que pedía antes de que pudiera descubrir quien la imploraba. De todas suertes, la condesa había sido exacta, y el marqués era portador de su respuesta que puso en manos de la joven, y decía lo siguiente:

«Concedida vuestra petición. La señorita Florángel de Ives podrá presentarse a S. M. el jueves, a las dos.

V. L.»

—¡Pasado mañana!—exclamó Florángel conmovida y ruborizándose.—Mas ¿en qué consiste que veo en ese billete consignado un nombre que hace ya mucho tiempo no uso?

—Pero es el vuestro, ¿no es verdad?—preguntó evasivamente el marqués.

—Sí, más...

Detúvose de pronto. Un recuerdo particular se unía al nombre de Florángel: desde hacía más de tres años, Jorge solo le había pronunciado, y un día, que siempre había ella conservado en su memoria, la dijo él que «le guardaba para él sólo». Apenóla encontrarle escrito por una mano extraña y se la oprimió el corazón involuntariamente.

—Hubiera preferido,—dijo,—que la petición se hubiera hecho con el nombre que uso.

—Perdonadme: en ese caso, yo soy el culpable,—respondió Adelardi,—lo creí indiferente, y me pareció que el nombre de *Florángel* llamaría más la atención de la persona cuyo favor vais a implorar, y le conservaría mejor en la memoria.

Era sólo un pretexto que se le ocurrió para responder a una pregunta que no había previsto: el motivo verdadero era ocultar a la menina el otro nombre que acaso conocería, y contra el cual podría abrigar alguna prevención contraria al buen éxito de la petición a que servía de intermediario.

VII

Acababan de dar las dos, y Vera, como de costumbre, se hallaba en el salón que precedía en el que daba audiencia la emperatriz. Un ujier abrió la puerta, y la persona que se esperaba compareció ante la que debía introducirla. De una y otra parte hubo un involuntario movimiento de sorpresa. Florángel se detuvo incierta, el aspecto de Vera no correspondía en nada a la idea que se había formado cuando la dijeron que a la puerta de S. M. encontraría la dama de servicio, y dudó por un instante si estaba en presencia de la emperatriz. Vera por su parte esperaba mucho menos ver una pretendiente como la que se la presentaba, pues la princesa Catalina, que pensaba en todo, había cuidado de disponer por sí misma el traje que en este gran día debía vestir la que consideraba ya como desposada con su hijo, y cuando llegó la hora, la joven abrió el cofrecito que venía aparte en el equipaje, y obedeció fielmente a las instrucciones que halló escritas de mano propia de la princesa, con la ropa que debía ponerse.

Consistía ésta en un vestido negro, como prescribía la etiqueta, pero de corte, y todo lo más magnífico posible. Florángel estaba bellísima con él. No llevaba otras joyas que una cadena de oro, de la cual iba suspendida una cruz, que caía sobre el pecho, don precioso de su padre, del cual jamás se separaba, y en su brazo derecho una pulsera que la princesa Catalina se había quitado del suyo la víspera de su partida, para dársele asegurándola que daba ventura. Ningún adorno brillaba en su cabeza, sino sus magníficos cabellos trenzados

y levantados de un modo desconocido en esta época, pero tan notable como gracioso, que añadía un encanto original a toda su persona, bastante noble para parecer que había nacido en la corte, bastante sencilla para indicar evidentemente que era la primera vez que en ella se presentaba.

Las dos jóvenes se miraron, y como hemos dicho, su sorpresa fué mutua; pero sólo duró un momento. Vera se adelantó, diciendo:

—¿Sois la señorita Florángel de Ives?—Y viendo a la joven inclinarse, añadió:—la emperatriz os espera: seguidme. —Precedióla, y al llegar a la puerta que iba a abrir, la dijo: —Quitaos el guante de la mano derecha, es la etiqueta, y entregad con ella vuestra solicitud.

Obedeció Florángel y desnudó su bella mano en que temblaba el papel, y deteniéndose un momento pálida y conmovida.

—No tengáis miedo, señorita,—la dijo la menina afectuosamente.—S. M. es la bondad misma, y no tenéis que recelar; además, está bien dispuesta a recibirlos.

Ya no hubo tiempo de añadir más palabras, porque se abrió la puerta, entró Vera, se inclinó, e hizo paso a Florángel, retirándose después de otra profunda reverencia, y dejando sola a la joven con la soberana.

La audiencia duró más de media hora, y Vera, aunque acostumbrada a esperar, empezaba ya a cansarse, cuando se abrió de nuevo la puerta, y apareció Florángel conmovida, con los ojos brillantes y húmedos, que al ver a su introducida la tomó las manos, diciendo:

—Teníais razón. S. M. ha sido conmigo muy bondadosa; pero tampoco olvido lo que os debo. Sé que gracias a vos he sido recibida, y acogida favorablemente, aun antes de que me oyeran. Dios os recompense, señorita, y os vuelva lo que habéis hecho por mí.

Vera respondió a esta expansión con una cordialidad que no la era habitual, y acompañó a Florángel hasta la puerta. Allí, al despedirse, sus ojos se encontraron, y un mismo impulso las hizo a entrambas hacer un ligero movimiento; pero un poco de timidez por una parte, y un poco de altivez por

otra las detuvieron, y se apartaron sin abrazarse. Volvió Vera lentamente, y entró en el salón de la emperatriz, que al verla la dijo:

—¿Qué me decís, Vera? ¿Habéis visto una criatura más hechicera?

—Es bellísima, en efecto,—respondió la joven condesa.—tiene unos ojos como no he visto otros.

—Es cierto: ¡unos ojos que miran tan bien cara a cara, una mirada tan sencilla, tan franca, tan imponente, si no fuera tan suave! Os aseguro que de todo corazón la he prometido entregar y recomendar su petición. Mirad, ahí está, ni siquiera he querido leerla. Estoy decidida a obtener para esa preciosa joven todo lo que pida: bástame saber que ame a uno de los sentenciados, y que se quiere casar con él para seguirle. Yo respondo de que no la negarán esta terrible gracia. —Y después de sentarse, prosiguió:—Pero ¡qué locos son los hombres! ¡Precipitar así en temerarias aventuras la felicidad de otros con la suya! Admiro verdaderamente a esas mujeres a quienes nada intimida, ni aterra, y que se sacrifican de esa suerte por egoistas.

—No hay duda—dijo Vera—que es admirable su abnegación; pero las mujeres que imploran, suplican y apartan el castigo de la cabeza de los culpables, desempeñan también, señora, una misión bellísima, que esos desventurados deberían bendecir.

—Os comprendo, Vera; vuestros bellos ojos suplicantes nada tienen que recordarme, ni que reprocharme, pues he referido ya al emperador todo lo que ayer me dijisteis. Ahora es preciso dejar a su magnanimidad guiarle, y no importunarle.

Estas palabras fueron dichas con cierto tono de autoridad, y siguiólas un breve silencio. Vera, con una mezcla de despecho y tristeza, se quedó inmóvil, con los ojos bajos, esperando las órdenes de su soberana, y en esta actitud divisó a sus pies en la alfombra un brazaletes, que recogió para devolvérselo a su señora, cuando ésta le reconoció y dijo:

—¡Ah! es el talismán que esa linda joven llevaba en el brazo. Guardadle, Vera, y se lo enviaréis mañana con la respuesta que espera.

LA HEROÍNA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legifimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

| | |
|---------------------------|------------|
| En aluminium. | 0'25 ptas. |
| En bronce dorado. | 2'— » |
| En plata. | 7'— » |

La República Española en 191...

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

por Domingo Cirici Ventalló

DOS Ptas. cada ejemplar

Adjuntando a su importe 0'35 ptas. se manda certificado.

De venta en nuestra Administración

PAÑUELOS DE SEDA

CON EL RETRATO DE

DON JAIME DE BORBÓN

CON DOBLADILLO CALADO Y LA BANDERA ESPAÑOLA

Uno, 1'25 ptas. : 12 ptas. docena

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN